La posición dialéctica, da a Nicanor Parra un sentido de busqueda. Si todo está fluyendo en el ir de los días, y los conceptos se modifican y cambian las realidades, las necesidades, las motivaciones, los gustos, ¿cómo asumir la imnovilidad estatuaria y señalar a la poesía un definitivo *non plus ultra?* Y luego . .". si nos sentimos partícipes de una inquietud social y popular, ¿cómo no buscar en las fuentes mismas de la nacionalidad, punto de partida y meta digna de la aventura lírica? . . . Exacto: he aquí que este «gentleman» que dijimos, halla en los veneros populares y en su lenguaje coloquial, libre de afeites, una razón merecedora del poema o del antipoema:

Te ví por primera vez en Chillán
en una sala llena de sillas y de mesas
a unos pasos de la tumba de tu padre.
Tú comías un pollo frío,
a grandes sorbos hacías sonar una
botella de vino.

(De *Palabras a Tomás Lago*)

A través de esa expresiónu conscientemente desnuda, el ojo analítico puede encontrar muchas cosas: severidad verbal casi ascética; repudio del cosmético y el caramelo literarios; preferencia por la sencilla ropa de trabajo frente a los trajes de etiqueta, y una contenida y piadosa ironía hacia los poemas construidos a punta de calificativos engolados que se rebuscan en los diccionarios de la rima. Es lo que arriba señalábamos como una modestia de fondo y de expresión, que en Nicanor Parra podría simbolizarse con el doble signo de la silla y la mesa, tan reiterado en sus producciones.

De su incorregible socarronería, son muestra todos los poemas del libro y los publicados en revistas. Incluso en los de mayor condición humana, hay una tangencia irónica. *Hay un día feliz*, canto de refinada emoción, corta la inercia afectiva con un «ay de mí, ay de mí!», colocado entre los versos precisamente para «sabotear» la ternura. Lo mismo ocurre en *Es olvido*:

Juro que no recuerdo ni su nombre,
mas moriré llamandola María
no por simple capricho de poeta:
por su aspecto de plaza de provincia.

Y si vamos a versos más nuevos, también nos hallaremos con ese duende simpático, travieso, que se entretiene en malabarismos de ingenio cuando estamos ya proclives a la lágrima:

¿Mis relaciones con la religión?
– Atravesé la cordillera a pie
disfrazado de fraile capuchino
transformando ratones en palomas.

Yo no sé hasta qué punto la obra de Nicanor Parra sea propiamente poética. En esta materia, cada uno suele tener sus personales pareceres. Sí estoy de acuerdo con él en que la tarea del artista no estriba en la repetición de fórmulas, sino en la creación permanente, y que esto lleva al ensayo y la aventura, no siempre comprendidos y acatados por las generaciones actuales. Mucho de esto queda librado a la palabra del futuro. Mas cualquiera que sea nuestra visión propia, no podemos cerrar los oídos a ciertos testimonios . . .

Dice, por ejemplo, Pablo Neruda: «Esta poesía es una delicia de oro matutino o un fruto consumado en las tinieblas. Como lo mande el poeta Nicanor nos dejará impregnados de frescura o de estrellas».

En una entrevista que no ha mucho hiciera en París Juan del Real a Francis de Miomandre, éste se expresó en los términos siguientes: « . . . el poeta Nicanor Parra es desde todo punto de vista maravilloso, y, en algunos poemas, simplemente sublime».

Y el escritor sueco Arthur Lundkvist —traductor, a su lengua, de Neruda y de García Lorca— asienta en su libro *El continente volcánico*, estos párrafos que hemos de trasladar completos:

«Entre los poetas algo más jóvenes (que Neruda) aparece Nicanor Parra como una figura de primera línea. Es parco, pero orgánico y efectivo en su lírica, además de ser uno de los intelectuales más influyentes de Santiago. El título de su libro, *Poemas y antipoemas*, define acertadamente el carácter de su poesía: cultiva un diáfano romanticismo de la naturaleza a la vez que una poesía compleja, negra y contradictoria. En un comienzo rendía culto a una poesía de balada, con motivos folklóricos, con marcada influencia lorquiana, género del cual se aleja hoy decididamente.

«Con sus antipoemas, Parra ha introducido algo nuevo en la poesía chilena: una expresión poética a base de ásperos prosaísmos, efectos psicológicos sorpresivos, fragmentación extraña de experiencias inmediatas. Es una poesía de dinamitero, desesperadamente anárquica, que irrumpe a través de todo lo que es rutinario, reduciendo a polvo la mentira piadosa y las fórmulas de consuelo, desprovistas de significado, para desembocar en la nada o en el meollo de una sólida realidad.

«Parra aparece escindido entre sus raíces chilenas autóctonas y su lucidez intelectual de gran ciudad. Hay indicios que revelan su esfuerzo por edificar una superestructura, una especie de síntesis entre su poesía más lírica y sus negros *antipoemas*».

Frente a testimonios tales, uno tiene que inclinar sus particulares preferencias, seguro como está de que sus opiniones no son las únicas ni tienen por qué ser las mejores. Uno se desorienta con frecuencia ante la versatilidad de las formas poéticas, y con mayor razón cuando estas son manejadas por manos de un prestidigitador alucinado.

Cuando quise indagar la idea sustancial que Nicanor Parra tiene de la poesía, me respondieron simultáneamente los contradictorios Nicanores; mas primó la voz del «tony»: «Poesía —me dijo— es todo aquello que puede ser recitado con voz de cura» . . .

Empero, se equivocaría quien pretendiese ver en el *antipoema* una simple e intrascendente payasada, una luminosa cabriola. El *antipoema* —que, por definición, no podrá recitarse clericalmente— es una protesta contra la sensiblería y la melosidad, como sustancia y forma en decadencia. Pero es, al par, la torturada búsqueda de un nuevo *qué* y un nuevo *cómo* dentro de las posibilidades de creación lírica.

A comienzos de este año, en un encuentro de escritores patrocinado por la Universidad de Concepción, Nicanor Parra perfiló por primera vez algunos conceptos sobre el *antipoema*, diciendo de él: « . . . El *antipoema*, a la postre, no es otra cosa que el poema tradicional, enriquecido con la savia surrealista —surrealismo criollo e como queráis llamarlo—, y debe ser resuelto desde el punto de vista psicológico y social del país y del continente a que pertenecemos, para que pueda ser considerado como un verdadero ideal poético. Falta por demostrar que el hijo del matrimonio del día y la noche, celebrado en el ámbito del antipoema, no es una nueva forma de crepúsculo, sino un nuevo tipo de amanecer poético».

Así lo esperamos. La poesía, como un mar, se entrega en la historia por oleadas, y cuando una onda llega, perece para dar paso a otra. Pero el océano de belleza es siempre el mismo.

Hugo LINDO

Santiago de Chile,
Enero de 1958.

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "